

NO ES LO MISMO

Como obedeciendo a una consigna, los periódicos de la izquierda andan estos días zarandeando un argumento que conviene destruir, porque peca de falso en sus principios y fundamentos.

Los periódicos izquierdistas echan en cara a los de la derecha el que son germanófilos y el que laboran a favor de los imperios centrales, y que por lo tanto ellos, los de la izquierda, deben trabajar por los aliados.

Cierto es que las derechas españolas son germanófilas, esto no ofrece duda; pero no es lo mismo la simpatía de las derechas hacia los austro-alemanes, que las de las izquierdas hacia los aliados. Nosotros, a pesar de nuestras simpatías, no pedimos sino que no se meta a España en el conflicto, es decir, que somos partidarios decididos de la neutralidad.

Nuestras simpatías, pues, no perjudican a España, porque no queremos valernos de ella para servir a Alemania; en cambio los francófilos lo que pretenden es que los intereses de España se pongan al servicio de Francia y de Inglaterra.

Hay, pues, una gran diferencia entre unos y otros; nosotros queremos la neutralidad, que es la «igualdad» para todas las naciones beligerantes; los francófilos quieren la «desigualdad» a favor de unos y en contra de otros.

No es, pues, lo mismo. Nosotros, ante todo queremos que se salve España; los otros lo que quieren es que se salven Inglaterra y Francia, aunque la patria se hunda.

LA UNIDAD ITALIANA

Los garibaldinos, sirviendo los designios de la masonería y del sectarismo, hicieron la unidad italiana. Los garibaldinos cuarenta años después, convertidos en instrumentos del sectarismo y la masonería, trabajan inconscientemente por destruir aquella unidad, fruto de la revolución sacrilega.

Del movimiento que empuja a los italianos ciegamente hacia una guerra ruinosa es el alma un Garibaldi heredero del caudillo de Marsala. Un Garibaldi destruye lo que otro Garibaldi creó.

Los Garibaldis, aventureros mercenarios, gente sin más ideal que la soldada, estaba escrito que habían de llenar toda la historia de la Italia contemporánea; convengamos en que no es muy grande honor para un pueblo que tuvo antecedentes tan gloriosos y en que vino muy a menos la vieja metrópoli del mundo latino.

Se asegura que es firme propósito de los austro-alemanes imponer un castigo ejemplarísimo a la deslealtad italia-

na. Notas oficiales de Berlín y Viena declaran que, si el triunfo corona los esfuerzos de las armas teutónicas, Guillermo II y Francisco José restablecerán el poder temporal del Sumo Pontífice y la independencia de las antiguas pequeñas nacionalidades italianas.

De las ruinas del conglomerado que sirvió de plataforma para el trono de los Saboyas puede surgir la liberación del Pontificado y el reconocimiento de aquellos Estados con fisonomía propia, que la revolución sujetándolos con el dogal de un centralismo doblemente abominable, porque se impuso merced al imperio de las bayonetas.

La causa de la emancipación de esos pueblos despertará en Italia dormidos amores nacionalistas, encontrando en el mundo entero valiosos protectores y simpatías calurosas.

Los Borbones de Parma, expoliados por la revolución italiana, están hoy estrechamente unidos a la familia imperial de Austria, un Caserta de la Real Casa de Nápoles y las dos Sicilias víctima del Saboya.

Y los creyentes de todo el universo, los católicos de todos los países neutrales ya no dudarán en elegir cauce para sus simpatías cuando sepan de una manera concreta y que no admita lugar a dudas que del triunfo de Austria y Alemania depende el restablecimiento de la soberanía plena y del poder temporal del Vicario de Cristo en la tierra.

CIRIO VENTALLÓ

A GIBRALTAR

Eres, sobre la mar, que orla tu suelo con las rizadas puntas de sus olas, cautivo que a las playas españolas los brazos tiende con profundo anhelo.

¿Y cómo no, si tu brillante cielo, tu campo de encendidas amapolas, tu nombre ilustre y tus memorias solas causan a tu Señor duda y recelo?

Víctima de cobarde alevosía ahrojado te ves, titán, vencido que el férreo yugo sacudir intentas; pero también tu libertad ansía la generosa España, que al olvido no relega su oprobio, ni tu afrenta.

ANDRÉS A. VÁZQUEZ CANO

EL CASTIGO

Uno de los pensadores más valientes, Monsieur Blanc Saint-Bonnet, ha dicho: «Cuando los hombres se olvidan de las necesidades morales, Dios hace que la luz venga de otra parte. Si la Fe no entra por el oído, seguramente entrará por el hambre».

La terrible sentencia del insigne pensador se está cumpliendo al pie de la letra.

Dios en sus inescrutables designios, ha permitido la actual conflagración europea, obra de la masonería judaica

para expiación y castigo de las naciones latinas prevaricadoras.

El odio contra los imperios centrales es un odio antirreligioso. Alemania es una nación ordenada y moral, gobernable y gobernada y esto no lo pueden tolerar los jacobinos modernos, que son los profesionales de la anarquía.

Francia con sus escuelas ateas, sus mujeres lúbricas, vergüenza del mundo y de su sexo, es el país de la *libertad*, del *progreso* y de la *civilización*. Los malthusianos con su odio a la familia, que es la obra de Dios, son para nuestros masones y judíos la última palabra de la moral laica y republicana. Por el contrario, Alemania y su magnífica civilización, su ejército admirable, sus industrias, las primeras del mundo, es un pueblo *barbaro*, indigno de formar parte de la *culta* Europa.

Y esto lo dicen los franceses con sus colecciones de apaches analfabetos, con su ejército sin disciplina y sin creencias, gracias a las predicaciones de la golfería *intelectual* y a la enseñanza antipatriótica de los maestros laicos.

Empero Dios no es viejo y el castigo de la Francia jacobina y sus cómplices masones y judíos, no se hará esperar.

Los ejércitos victoriosos del Kaiser redimirán a ese pobre pueblo tan degenerado, destruyendo los ídolos de la lujuria, aniquilando a la república masonica y antifrancesa de histerias y mujeres perdidas, y restaurando el antiguo espíritu cristiano de los antiguos franceses.

Alemania religiosa, Alemania con sus soldados que rezan antes de empezar la batalla, Alemania que pelea contra el mundo moderno degenerado, Alemania odiada de todos y por todos vilmente calumniada, Alemania grande y coronada con el laurel de la victoria, va a ser el ministro de la justicia de Dios; y la Europa latina, que tanto ha ofendido y despreciado a Cristo, que la hizo grande, llorará pronto con lágrimas de sangre sus desvíos, su pública y oficial apostasía, su traición a la causa de la Religión y del orden; porque no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, y el momento de la liquidación ha llegado ya... El hambre, terrible precursor de la catástrofe final llama ya a las puertas de los pobres y la revolución social a las puertas de los ricos, de los culpables y prevaricadores.

El Conde de Kenty.

El asunto único

¿De qué hemos de hablar sino de la guerra?

Este asunto lo domina hoy todo, lo absorbe todo, es el asunto único.

Si se acercan ustedes a un corro formado en la calle, o a la mesa de un café, o a una trastienda, o a cualquier parte donde se reúnan siquiera un par de personas, oírán indefectiblemente, necesariamente: *Francia, Alemania Rusia, Inglaterra...*

Por regla general, se comentan noticias, o bien se oficia de profetas o de agoreros, que es oficio muy socorrido y muy fácil de ejercitar, cuando no ha de venir luego nadie a pedirnos estrecha cuenta de nuestros vaticinios, o a hacernos pagar una multa por no haber acertado.

Unas *profecías* versan sobre la duración que tendrá la presente guerra; otras sobre su desenlace probable, sus consecuencias...

Y cada uno dice la suya, y, por regla general, casi nadie sabe lo que dice.

Por supuesto, la mayor parte hablan para pasar el rato, y no pretenden que se tomen sus palabras por artículo de fe.

Lo que sí se nota en casi todas las conversaciones, es cierta preocupación, muy natural y fundada, porque además de las diversas razones de humanidad y de conmiseración y de horror, que hacen aborrecibles las guerras, hay en ésta un motivo más para preocuparnos, y es la repercusión que puede tener en nuestra propia casa. Ya no es la guerra entre rusos y japoneses, o entre yanquis y mejicanos, o entre griegos y turcos; es la guerra a las puertas de casa, y cuando enfrente de casa viven varios individuos y la puerta está abierta... ¿sabe Dios si también nosotros saldremos descalabrados y pagaremos justos por pecadores?

Desde el punto de vista económico, esto puede llegar a un cataclismo, a una bancarrota universal.

Pero no quiero también actuar de agorero; bastanté hay por esas tertulias y mesas de café.

Prefiero actuar de *profeta de lo pasado*.

¿Han visto ustedes a dónde han ido a parar todos los propósitos, dichos y hechos, de un siglo y cuarto de *civilización*, es decir, desde la Revolución francesa hasta acá, que es cuando empezó el hombre a progresar, según opinan algunos que no ven más allá de las narices?

Después de tanto hablar de progreso y civilización, *libertades de añejas preocupaciones*, resulta que el hombre, quizá se ha hecho más sabio, pero no se ha vuelto más bueno.

Al contrario, parece que al arrojar estas *preocupaciones* le haya entrado en el cuerpo el mismo demonio.

No es cosa ahora de mirar a Europa. Guardemos el *européizarnos* para dentro de algún tiempo. Para cuando